

CERDAS CRUZ, RODOLFO. *La hoz y el machete, la Internacional comunista, América Latina y la Revolución en Centroamérica.* San José: EUNED, 1986 (445 p).

Hace aproximadamente una década Rodolfo Cerdas Cruz presentó una tesis de doctorado en Francia titulada "Strategie et Tactique de l'Internationale Communiste en Amérique Latine" de la cual *La Hoz y el Machete*, presumiblemente, es su versión española en forma de libro; actualizada a juzgar por algunas de las referencias bibliográficas. Según el autor su investigación pretende analizar la cuestión colonial en el seno de la Tercera Internacional en el período que va desde su nacimiento en 1919 hasta el surgimiento de la política del frente popular antifascista en 1936. Más concretamente al autor le interesa determinar la política que la I.C. definió para América Latina en lo que respecta al carácter de la revolución, al papel de las diversas clases sociales y al carácter del partido. Además de desmenuzar esas orientaciones políticas, Cerdas Cruz intenta estudiar su aplicación en tres países centroamericanos: Nicaragua, El Salvador y Costa Rica. De esta manera, la obra se presenta dividida en tres partes: la primera, "El marxismo-leninismo, los congresos de la Internacional Comunista y la cuestión colonial", integrada por ocho capítulos consagrados a revisar el problema colonial desde los escritos de Marx hasta las tesis sobre América Latina formuladas en el Sexto y el Séptimo Congreso de la I.C.; la segunda, "La revolución frustrada: la Internacional Comunista en Centroamérica", compuesta de 9 capítulos dedicados a analizar sucesivamente, la lucha de Sandino en Nicaragua, la insurrección salvadoreña de 1932 y la acción del Partido Comunista de Costa Rica durante las décadas de 1930 y 1940; la última parte, titulada "En busca del rumbo perdido" está formada por un único capítulo de conclusiones que a decir verdad constituyen más bien un resumen de todo lo expuesto en las dos partes anteriores. Como se ve, pues, la obra es extensa, voluminosa y ambiciosa.

La Hoz y el Machete tiene una doble dimensión: es un intento por trazar la evolución de una teoría política y un esfuerzo por relatar el desarrollo de tres experiencias de práctica política relacionadas de cierto modo con esa teoría. En ambas el tipo de discurso que el autor adopta es predominantemente narrativo ajustado a un orden cronológico; en un caso se trata de una relación de ideas y, en el otro, de una enumeración de acontecimientos. En cuanto a las ideas Cerdas es exhaustivo, prolijo y erudito apoyándose en la documentación y en las publicaciones producidas por la Internacional Comunista, es decir, su argumentación está construida con material de primera mano. En la segunda parte depende más de fuentes secundarias, aunque para el caso de Costa Rica recurre a materiales documentales conservados en su archivo personal. En consecuencia, existe en el texto un cierto desbalance entre la primera parte tal vez demasiado extensa y erudita, aunque bien documentada, y la segunda menos exhaustiva y menos documentada en lo que se refiere a cada una de las tres situaciones nacionales que analiza.

¿Qué propuso la I.C. para el mundo colonial y en específico para América Latina? El autor recorre este itinerario hasta mostrarnos que la I.C. prescribió para América Latina la revolución democrático-burguesa, agraria y antiimperialista, hegemónizada por la clase obrera en alianza con el campesinado y dirigida por un partido de clase, el Partido Comunista. Dicha revolución tenía por tarea contribuir a consolidar el poder soviético en Rusia y debía fijarse por meta la transformación de la etapa democrático-burguesa en revolución socialista. A medida que va describiendo las tesis de la I.C. el autor va mostrando su carácter equivocado. En su opinión, en la realidad latinoamericana carecía de sentido hablar de revolución democrático-burguesa ni mucho menos de la clase obrera como vanguardia puesto que esta era incipiente o prácticamente no existía. La crítica central que Cerdas dirige a la I.C. es su desconocimiento de la realidad concreta latinoamericana y su modo de razonamiento puramente analógico que consiste en transplantar de manera dogmática y mecánica los conceptos y las experiencias forjados a partir de la Revolución Rusa. Por lo tanto, el pecado capital de la I. C. es su incapacidad para aprehender la especificidad y la peculiaridad de la realidad latinoamericana. Así, el método de análisis histórico concreto y estructural, según el autor, es reemplazado por un modo de comprensión de la realidad analógico (término recurrente a lo largo de todo el texto), abstracto y formal. Es natural que de un diagnóstico con tales debilidades se derive una propuesta política totalmente inadecuada a la situación latinoamericana. A esta crítica básica se agregan dos más: la supeditación de las tareas en América Latina a los intereses del Estado Soviético y la subestimación del significado de la experiencia revolucionaria china y del pensamiento de Mao Tse Tung, que Cerdas

parece sugerir sí se ajustaban más a la realidad latinoamericana. En general, sus críticas son pertinentes y coinciden con las de otros autores que han analizado la acción de la I.C. y de los partidos comunistas en América Latina. Probablemente porque esa no era su intención o porque ya no forma parte de las preocupaciones del autor, no hay en el trabajo una propuesta alternativa a la de la I.C., salvo como ya se dijo las alusiones a la importancia del maoísmo como teoría y práctica de la revolución en situaciones coloniales o semicoloniales.

En la segunda parte Cerdas trata de estudiar los tres casos centroamericanos y de establecer las responsabilidades que en ellos incumben a las acciones de la I.C. En los tres señala las raíces históricas y estructurales de los conflictos y en consecuencia les reconoce su legitimidad y su necesidad. Aquí su crítica más bien va orientada a probar que la presencia de la I.C. en la lucha de Sandino y de Farabundo Martí tuvo efectos desastrosos y, “contrario sensu”, pretende demostrar que el éxito del Partido Comunista de Costa Rica durante las décadas de 1930 y 1940 fue resultado de su falta de ligámenes con la I.C. Resumiendo el argumento, se podría decir que donde la I.C. influyó hubo fracaso y donde no influyó hubo éxito. Si en la primera parte las críticas de Cerdas son convincentes, en la segunda parte sus valoraciones no satisfacen.

Con respecto a Sandino queda bien documentada la incompreensión de la I.C. de su lucha y la iniquidad que cometió acusándolo de traidor. No obstante, atribuir la derrota de Sandino a su rompimiento con la I.C., que lo habría conducido al “aislamiento” y a “desmoralización”, es subestimar excesivamente los factores internos y sobrevalorar el papel de la I.C.; sobre todo cuando el mismo Cerdas ha señalado previamente las limitaciones de la práctica y de la concepción política del luchador de las Segovias. De manera similar, si bien Cerdas muestra la injusticia con que la I. C. trató a los comunistas salvadoreños después de la masacre de 1932, su afirmación de que la derrota de 1932 es atribuible a la política de la I.C. no resulta bien fundamentada. En ese punto el autor parece ser contradictorio puesto que él mismo reconoce la inevitabilidad de la insurrección, dada la situación interna de El Salvador en aquellos momentos. La estrategia insurreccional, antes que opción o decisión voluntarista de los comunistas salvadoreños, obnubilados por las tesis de la I.C., más parece haber sido un hecho consumado que les fue impuesto por la situación desesperada del campesinado y los trabajadores salvadoreños. La experiencia salvadoreña es una clara muestra de la importancia y predominio de las condiciones internas sobre las directrices políticas emanadas desde el exterior. Cerdas tiene razón de censurar a la I.C. por haber acusado a Sandino de “traidor” y por tratar despectivamente a los comunistas salvadoreños de “macheteros” pero es muy poco convincente al establecer una relación de cau-

salidad entre el fracaso de esas luchas y la acción y las orientaciones políticas de la Comintern.

Tal vez merezca una consideración más detallada el análisis del caso costarricense que, como ya se dijo, se distinguiría por una relación causal alternativa: ausencia de la I.C. y éxitos del P.C. Antes de abordar esta cuestión conviene puntualizar algunos errores presentes en la interpretación de nuestro desarrollo histórico. El más llamativo es el de atribuir la especificidad de la estructura de clases y de las relaciones sociales en Costa Rica a la escasez de tierras aptas para producir café y complementariamente a la falta de capital y trabajo (p. 308-309); tesis que el autor retoma de Samuel Stone. Tal afirmación se basa en una notable incompreensión de la historia agraria costarricense y, en particular, de las modalidades de la expansión cafetalera, basada precisamente en un proceso de colonización agrícola en el marco de un acceso relativamente fácil del campesinado a la propiedad y usufructo de la tierra. Lo que caracteriza el desarrollo cafetalero costarricense es la abundancia de tierras y no, como dice Stone y repite Cerdas, su escasez. Por otro lado, ciertamente que en el inicio de la expansión cafetalera hubo escasez de brazos, pero este problema fue progresivamente desapareciendo como consecuencia del crecimiento demográfico y de los procesos de empobrecimiento y "asalarización" parcial y total de sectores crecientes del campesinado. El reverso de este proceso fue una tendencia, moderada, fragmentaria y lenta es cierto, a la concentración de la propiedad fundiaria en manos de las mayores empresas cafetaleras. Así, contrariamente a lo que dice Stone, si hubo escasez de tierras no fue al principio sino al final de la expansión cafetalera y dicha escasez fue un problema no para los hijos segundones de las familias de la burguesía cafetalera sino más bien para crecientes sectores del campesinado. Por último, en lo que se refiere a la falta de capital la cuestión es problemática tanto en términos teóricos pues el capital no es una magnitud de por sí fija o constante y en términos históricos pues sería necesario precisar el momento o los momentos en que el fenómeno se presenta.

Con respecto al proceso de constitución histórica del sistema político costarricense llama la atención que el autor suscriba de nuevo una tesis de Stone según la cual la ampliación de las bases sociales del régimen político costarricense es producto de una "invitación" a participar, especie de graciosa concesión, de los sectores dominantes a las clases subalternas costarricenses. En esta óptica las clases subordinadas no tienen capacidad de acción autónoma y no son gestoras "motu proprio" de presiones tendientes a democratizar la vida política. En la perspectiva de Stone-Cerdas hay implícitamente, una concepción muy elitista de la política y lo político. Esta visión también está presente en su percepción de la Comintern como "deus ex machina" de los

partidos comunistas y de estos frente a los sujetos sociales que dicen representar o pretenden movilizar.

Pasando de las interpretaciones a los datos habrá que decir que Cerdas aporta una serie de informaciones novedosas y sugerentes extraídas de su archivo personal, sobre los orígenes del comunismo en Costa Rica. No obstante, habría que advertir al lector que lo que señala sobre las huelgas de 1920, que equivocadamente, sitúa en marzo de 1921, contiene una serie de inexactitudes, atribuibles a las fuentes en que se basa.

Según Cerdas la orfandad del P.C. costarricense respecto de la Comintern resultó salvadora. Esto significa que la "debilidad" de los ligámenes" con la I.C. le permitió cosechar, en especial, en la década de 1940 importantes éxitos. Existió, pues, un "comunismo a la tica", un "eurocomunismo", en palabras del autor, forjado endógenamente. El éxito de este "tico-comunismo" se refleja en las conquistas sociales alcanzadas, en la democratización y en la inserción funcional del P.C. en la vida política del país. Cerdas subraya oportunamente la especificidad de la experiencia del comunismo costarricense pero no resulta convincente en la explicación de las causas de esa originalidad. Además, no olvidemos que la línea política del P. C., aunque no fuese producto inmediato de directrices de la I.C. y de Stalin coincidió plenamente con ellas en el período posterior a 1936 y, en particular, durante la Segunda Guerra Mundial, época de oro de los comunistas costarricenses. Curiosamente el autor no se preocupa de explicar la razón de esa convergencia. En este sentido, es más importante subrayar las condiciones internas que favorecieron el "comunismo a la tica" y sería necesario profundizar en la investigación sobre los vínculos directos o indirectos que a nivel internacional mantuvo el Partido Comunista costarricense durante este período. En suma, la presunta ausencia de vínculos significativos con la I.C. no puede ser la causa única y esencial que explique el particular desarrollo histórico del comunismo costarricense en aquellos años.

Por otra parte, la debilidad de la tesis de Cerdas se muestra más claramente cuando afirma que la "sovietización" que sufrió el Partido después de 1955 es lo que explicaría su débil presencia en la vida nacional en las últimas décadas y su actual desintegración. Aquí, una vez más, el autor vuelve a pasar por alto las condiciones internas y, en particular, los sucesos políticos de 1948, que sorprendentemente nunca menciona, y los cambios que sufrió la sociedad costarricense a partir de la década de 1950. Ciertamente que el seguidismo respecto a la política exterior soviética nunca ha favorecido la imagen de los comunistas costarricenses ante múltiples capas de nuestra sociedad pero, ¿será ese el factor principal de su falta de peso en nuestra vida política contemporánea? Una cuestión que parece contradictoria en el discurso

de Cerdas es que por un lado juzga exitosa la experiencia del “comunismo a la tica” pero en las conclusiones lo critica porque no desarrolló una vocación de poder y se limitó a empujar desde la izquierda algunas reformas, sin cuestionar el orden existente. Por tanto, parece concluir que la experiencia del comunismo costarricense también resultó ser un fracaso y no un éxito como se nos había dicho al inicio.

Perry Anderson aconseja que en el estudio de los partidos comunistas es necesario tener presente la “compleja dialéctica entre los determinantes internacionales y nacionales de la política del partido”. *La Hoz y el Machete* no parece haber resuelto adecuadamente este problema. Su autor, al igual que los partidos comunistas, se obnubiló con la Internacional, en su caso por su deseo de denunciar sus errores, y terminó construyendo una argumentación que el lector resiente como monista y simplificadora. No obstante, el trabajo de Cerdas es erudito y documentado y estarían equivocados los que presuman que es un texto anticomunista. En *La Hoz y el Machete* la razón privó sobre la pasión, aunque tal vez la segunda cobró su venganza en la simplificación.

Víctor Hugo Acuña O.
Centro de Investigaciones Históricas U.C.R.